

REVISTA DE LA FACULTAD DE MEDICINA

Director, Profesor JORGE E. CAVELIER

VOL. VI

Bogotá, abril de 1938.

N.º 10

HOMENAJE DE LA UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA AL PROFESOR FEDERICO LLERAS ACOSTA

Discurso del doctor Alfonso Castro.

Señores:

Honra para mí, causa de íntimo regocijo, el hablar desde este sitio, ilustre, por motivos de prestigiosa excepción.

Auditorio selecto y científico el que me escucha, que informa la parte culminante y transformadora de la sociedad colombiana, y tribuna altísima, desde donde en más de una vez, han volado las zaetas del pensamiento que, vibrantes y luminosas, han ido a clavarse, para bien en la conciencia pública. Estrado agosto, desde donde mi desarmoniosa palabra de modesto profesional, puede que tenga resonancia en los cuatro puntos cardinales de la patria, porque ahora encierra un brote de cálida admiración por un hombre eminente, que merece presentarse como ejemplo a la juventud y es uno de los eximios cultores de la ciencia colombiana.

El Profesor Lleras Acosta, centro de este cordial y severo homenaje, es una verdadera personalidad. Y cuando tal digo, doy al sustantivo abstracto el íntegro significado que encierra. Personalidad, es decir, proyección hacia afuera de un espíritu de rasgos inconfundibles, de originales concepciones, de enhiesto carácter, con orientaciones definidas, sin vanos temores a las inclemencias del medio, con el dón de la influencia, vigoroso y vivificante como el mediodía tropical que hace germinar la vida en torno.

Tipo de animador, con imaginación alada y robusta, que la echa a rodar por campos inexplorados, asistida por hondo sentido científico, y que coloca como mira de sus anhelos, la solución de trascendentales pro-

blemas vitales, que, al resolverlos, han de ceñirle la frente con los gajos amargos de la simbólica hoja, y derramar un poco de fama sobre esta tierra adorable, donde se han mecido nuestras cunas y cobija a nuestros muertos, y en la que aún la conciencia colectiva no tiene la audacia del vuelo del cóndor, que decora el escudo nacional.

El concepto de animador envuelve el de revolucionario, y Lleras Acosta lo es en la magnánima expresión de la palabra. Entrega las íntimas palpitaciones de su cerebro y de su pecho. Quiere contribuir con tesón a que exista ciencia propia, vernácula; a que no seamos siempre los eternos repetidores de lecciones extranjeras. Su temperamento no le permite permanecer al margen de la existencia, convertido en el apacible espectador que asiste al desgranarse de las horas en la calma honrada y florecida de su casa señorial. Está penetrado de la sentencia bíblica, de que los días del hombre son milicia, lucha recia, y por eso lo contemplamos, a todo minuto, vencedor del destino implacable, en largas vigili-
lias, con el ojo sobre el microscopio que sondea infinitos.

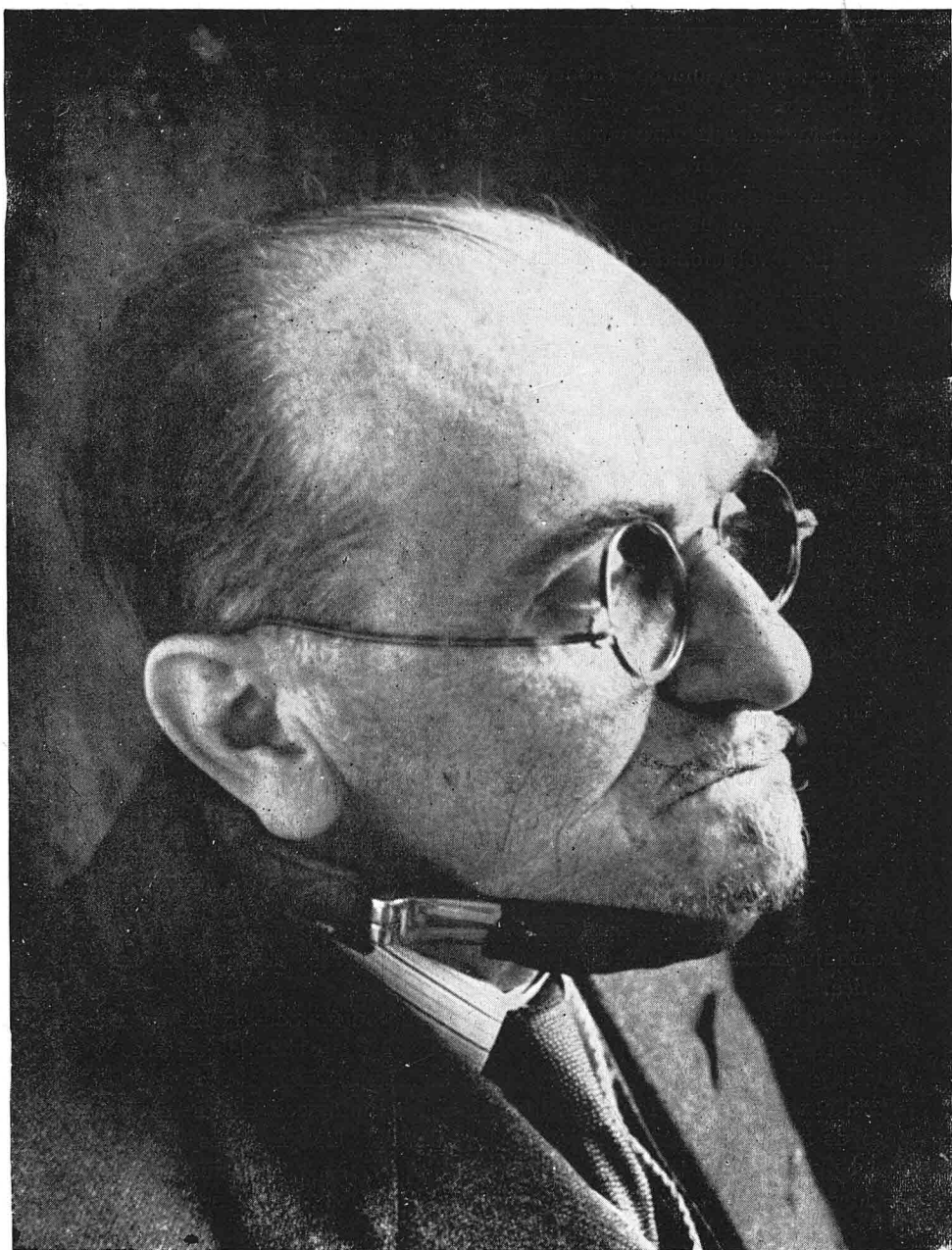
Va tras un ideal en cuya realización su propio nombre poco le interesa. Por sobre todo está lo inconmensurable que se llama el sufrimiento humano. Alma incendiada como la de los redentores y soñadores, sirve a la patria convencido de que un poco de paz que lleve a sus semejantes, es la mejor manera de servirla.

Acrescentar la vida en una u otra forma ¿no es acaso una obra suprema que casi nos acerca a los dioses? ¿Conquistar una sonrisa de ventura, cuando el corazón se deslíe en penalidades, no es el más preciado don con que se puede favorecer a un desgraciado?

La labor del hombre de estudio, que no agita las fanfarrias del reclamo, ni huella las alfombras de los magnates, pasa inadvertida, las más de las veces, cuando no la persiguen en la sombra los complejos de inferioridad, que con tanto ahínco cultivamos. Más, no obstante, a la larga, como las esencias finas o los crepúsculos matinales, el alma que aquellas y estos recatan, todo lo va penetrando y dorando, y la tosca realidad, ayer cuerpo impuro u oquedad sombría, reciben hoy, sin quererlo, la dádiva graciosa de lo que torna al mundo digno de admiración.

Así la empresa del pensamiento activo. En los planos rasos del cerebro de la multitud, va creando inquietudes, anhelos, afán de mejoría constante. Va destruyendo ídolos vacilantes y modelando lentamente los trazos de la verdad, que, a medida que surge en el panorama universal, aleja los instrumentos de tortura creados por filosofías pesimistas para sometimiento de la conciencia humana.

La vida no puede ser, no hay derecho de que sea, el campo del eterno martirio. La misma muerte, si no la entenebreciéramos desde que nacemos con conceptos de una desolación infinita, es un suave tránsito hacia zonas de redentoras purificaciones. Allí está el amor, que todo lo al-



Profesor FEDERICO LLERAS ACOSTA

† Marzo 18 de 1938.

quitara y engrandece, cuando no lo despojamos de los soberanos atributos con que nos lo han ofrendado deidades benéficas. La dignidad del espíritu está allí para cortarle el paso a múltiples dolores que, como erinias, nos circundan. Hay hombres generosos, de suprema sensibilidad, que lucen la nobleza de ofrecerse en constante sacrificio a favor de sus hermanos. Lleras Acosta pertenece a esta categoría.

Es revolucionario en bello y orientado gesto, sin otro cálculo que el de contribuir con la llama de su ingenio a la redención humana. Trabaja por aportar luz al magno problema de la lepra. Comprende que en ese campo de angustia y de reconditeces biológicas, no se ha dicho la palabra definitiva. Que infinidad de seres en nuestro país y sobre la tierra, sufren la tortura del mal y de prácticas caducas, y por eso lucha sin descanso para robarle al misterio el dato preciso que esclarezca el enigma fatídico.

¿No es tal actitud digna del mayor elogio, y de que los hombres de ciencia den la voz de estímulo al sabio modesto, al colombiano eminente, que quema su vida en el cuarto de estudio, entre pipetas, matraces y caldos peligrosos, esperando que la constancia y la ansiosa ebullición del cerebro produzcan el chispazo que abrevia sufrimientos, liberte centenares de desgraciados y dé margen para que mañana se proclame que la entraña de Colombia no es infecunda ni para la ciencia, ni para la gloria?

Incapaz soy, inútil es decirlo, de justipreciar los resultados de la obra de Lleras Acosta. No podría afirmar en estos momentos si se equivoca o acierta. Sólo declaro, eso sí con entereza y justicia, que su labor es digna, meritoria, grande, de las que no pasan con el gárrulo vocerío de la mediocridad. Labor que se ofrece como magno ejemplo de consagración y de entereza moral a la juventud, a esta juventud estudiosa, promesa del futuro, que ama la revolución en lo que tiene de altivo y de empuje creador y que ha de ser, necesariamente, el sillar de la república.

Revolución he dicho, y conste que no logro ocultar mi entusiasmo por el vocablo. Es la palabra del día, la cristalización de un anhelo colectivo. Pero revolución creadora, fecunda en bienes, a base de justicia, con conocimiento a fondo de los principios biológicos, sin ese sesgo odioso de nivelación por lo bajo, ni del tributo a los perversos instintos, no del pueblo, sino de turbas abyectas, que aspiran a que lo que es producto del esfuerzo continuo y de la inteligencia coordinada en nobles actividades, se les ofrende a título de gracia como un homenaje a los puños crispados, que no dignificó el trabajo, y a las insolencias del diccionario, que vician el concepto de democrática cultura.

La revolución hay que irla a buscar en el vigor y comprensión de lo espíritus, y no en las tumultuosas agitaciones de la plaza pública, en la agresividad de los ademanos, ni en la doliente e injustificable inferior-

ridad mental y económica de las clases trabajadoras, explotadas por poderes humanos y pseudomísticos. En favor de aquéllos, precisamente porque son desvalidos, es que debe ejercerse la acción enérgica de pensadores y científicos, creando una ciencia positivamente humana, amasada con sangre del pueblo, que contribuya a tornarlo potente y de orientado criterio, para este batallar sin tregua de los días.

La revolución, hija directa de la evolución que es inmutable proceso vital, síntesis suprema de las urgencias humanas, baja siempre de lo alto, es decir, del pensamiento como de una voluntad augusta dimana el desarrollo de las especies. Jamás surge de los bajos instintos, ni de la incapacidad ciudadana, porque eso se llama acratismo, y está matizado de lívida envidia y de rabia infecunda, que son pasiones disolventes.

Aquella es la verdad en marcha, y la verdad si tritura edifica, como destriza el vientre de las rocas la dinamita para que esplenda la cinta aurífera. Es deseo impetuoso por dignificar la vida, dando el Estado iguales condiciones a los hombres para su ascenso físico, moral e intelectual; borrando las odiosas divisiones de castas y de clases; tratando, en síntesis, de formar en cada ser humano, por turbio que sea su ancestralismo, eso tan categórico de que hablaba hace poco: personalidad.

Porque hay que convenir en que si algo les falta a veces a ciertos movimientos revolucionarios, es precisamente personalidad. Simulan más bien las reacciones desorbitadas del atáxico. No cuentan con las fuerzas psíquicas, pero se entusiasman con los reflejos medulares, fáciles de obtener por excitaciones del medio externo. No contemplan la altura donde irradia la serenidad de la idea, ni palpan las torturas cotidianas del pueblo de que se nutren; mas si se deleitan con el estrépito de multitudes, que si dan popularidad falaz, como un germen patógeno secreta toxinas, también siembran la muerte en los más vigorosos organismos cuando no los gobierna un ritmo de constante equilibrio.

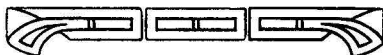
Las grandes transformaciones sociales sólo se incuban y prosperan en las mentes pensadoras y estudiosas. Luis Pasteur, Lister, Finlay, Gorgas, como los excelsos poetas y meditativos, los filósofos y eternos príncipes del alma, han hecho más por la especie, han ennoblecido de tan gallarda manera esta fuga del tiempo, como nunca lo lograron los conquistadores y valerosos capitanes, que han desatado el estrago sobre la tierra.

No hay que engañarnos con las palabras de programas políticos, que sólo recatan el egocentrismo de megalómanos criollos o de pintorescos mandarines de parroquia. Los destinos de un pueblo sólo se cuajan en aquellos cerebros, que como las imágenes sagradas, irradian luz en torno por la pulcritud, concentración e intenso trabajo del pensamiento.

En una democracia verdadera hay que crear la aristocracia del talento y la heráldica de la ética irreprochable.

La Universidad de Antioquia, mi férvida madre espiritual, que sigue tales normas y que quiere por sobre todo la grandeza de Colombia piafante en el pecho de cada uno de sus hijos, desea contar entre los predilectos de sus claustros, al ilustre profesor Federico Lleras Acosta, y en asocio de dos distinguidos colegas, me ha hecho el altísimo honor de designarme para que sea yo quien deposite en las manos del trabajador insigne, del varón de ciencias generosas, del ciudadano que lustre da a la República, el presente diploma que lo acredita como doctor *honoris causa*.

Profesor Lleras Acosta: aquí lo tenéis, señor, como el mayor galardón que puede ofrecer Antioquia a los que por excepcionales méritos intelectuales y acrisolamiento de la existencia, logran descollar por sobre sus conciudadanos y poner un lambel resplandeciente en el escudo de la cultura nacional.



DISCURSO DEL PROFESOR LLERAS ACOSTA

(Contestación al del doctor Alfonso Castro).

Señor doctor Castro, doctores Echeverri Duque y Orozco, señoras y señores:

Obligan por igual mi gratitud la ilustre Universidad de Antioquia que ha querido honrarme con el título de doctor honoris causa y las nobles palabras con que se acompaña el acto solemne de la entrega del diploma que acredita tan insigne y notoria calidad. Esa gratitud, que fue ya muy grande cuando se me comunicó la decisión de aquel alto colegio, es mayor aún ahora, porque el acto externo con que culmina la distinción de que soy objeto, se presenta rodeado de un ambiente tan cordial y tan generoso, y es tan franca y tan pura la expresión del vocero escogido, que se dobla el valor íntimo del homenaje para doblar al mismo tiempo mi sincera emoción y mi sorpresa.

Nadie mejor que vosotros, señores comisionados, podrá transmitir a la Universidad la expresión de mi reconocimiento. Os ruego la hagáis llegar en palabras transformadas por vuestra propia excelencia al sabio profesorado y a la juventud estudiosa de los claustros de Antioquia.

Nuevo estímulo en mis esfuerzos, el título que recibo ahora viene a estrechar más aún los lazos espirituales que tan íntimamente me ligan a la ciencia médica antioqueña. Fue un sabio de aquella tierra, tan altiva como esforzada, tan austera como idealista, el doctor Montoya y Flórez, quien por primera vez me indicó el campo de la lepra como sector abierto al esfuerzo de la investigación, como problema digno de los mayores desvelos, como terreno de combate en el que el horror y la resistencia del enemigo hacen más ambicionable el triunfo, más atractiva la pelea. No puede borrarse fácilmente de la memoria el recuerdo de aquellos que nos asistieron con su experiencia o nos alentaron con su palabra en los momentos llenos de emoción y de incertidumbre en que se pasa por primera vez bajo los pórticos de la investigación científica. Por eso, tanto como la de mis maestros, la figura de Montoya y Flórez se encuentra incorporada en mi pasado, en el santuario sereno adonde suele regresar a

menudo en peregrinación de devoción y afecto el pensamiento agradecido.

¿Y cómo no recordar ahora a quien fue mi antecesor en la cátedra de bacteriología, amigo lleno de todas las excelencias, exponente de una raza que une al impulso robusto del trabajo un idealismo inmortal, una alada y divina fantasía? Luis Zea Uribe, con quien conviví fraternalmente en largas horas de meditación y de esfuerzo, era un bello espectáculo intelectual, y la potencia de su raciocinio y la armonía de su palabra, explicarían por sí solas la influencia tan profunda que ejerció sobre todos los que le rodeamos en el campo médico.

Y no menos robustos que los lazos que nos vinculan a los maestros son los que nos ligan a los discípulos. Continuadores de un esfuerzo secular, somos el cauce destinado a conducir a los predios nuevos el agua que brotada de fuentes a menudo desconocidas y remotas, alimentada en su caudal por aportes débiles o caudalosos, corre perennemente hacia el futuro. En las nuevas generaciones médicas antioqueñas tengo algunos de mis más leales discípulos, y el orgullo de verlos ocupando hoy puestos de vanguardia en la medicina nacional, basta a compensar el arduo y a menudo ingrato esfuerzo del magisterio.

Pero la Universidad al honrarme reconoce aparte de esas vinculaciones tangibles y concretas una más alta y universal. Es la de la comunidad de todos los que en una forma u otra laboramos en el campo de la ciencia médica, comunidad impuesta por la unidad de los ideales perseguidos, por el espíritu con que debe pretenderse alcanzarlos, por el acervo de conocimientos y experiencias comunes a que recurrimos, por el hecho de que sean los mismos los maestros cuya autoridad invocamos o a quienes tomamos por conductores y guías. En el seno de la ciencia se fraterniza y para ninguno de nosotros pueden ser extraños los altares serenos de su culto.

El título que depositáis en mis manos, señor doctor Castro, tiene además un valor excelso por provenir de un instituto dignamente reputado como centro ilustre de enseñanza y de investigación. Y además por el significado simbólico que encierra, ya que, constituye premio el más preciado a un modesto esfuerzo científico. Cómo se ve así vivir la patria espiritual, al lado de la vida tumultuosa del progreso exterior, y cómo es dable apreciar en actos como éste la supervivencia de un criterio atento a las labores de la ciencia, lentas y casi siempre oscuras, en un mundo poblado de inquietudes inmediatas y de necesidades de satisfacción inaplazable.

Quizás no sea este momento inoportuno para hacer resaltar ante la juventud cuánto valen y significan estos honores, aun en casos como el mío, en que se presentan por todo extremo superiores a los méritos y condiciones del agraciado. Si es infinita la vanidad que encierran todos los triunfos humanos y muy a menudo ilusión y polvo la recompensa

alcanzada, convengamos en que hay un noble linaje en estos premios, una alta alcurnia en su origen, una identificación completa con todo lo que vale en la humana naturaleza. Destinados a honrar el esfuerzo desinteresado del espíritu, ni los mancha la ambición ni los deslustra la injusticia. No estando consagrados al poder o a la fuerza, nada hay en ellos que signifique adulación mezquina o simulado acatamiento.

El siglo XIX que tanta nueva etapa señaló en los humanos destinos, se distingue sobre todo porque en él se acentuó un movimiento tendiente a hacer de la ciencia instrumento eficaz para combatir las imperfecciones y dolencias del hombre. Sin duda mucho se había andado ya en ese camino. Pero dentro del conjunto de las ciencias seguían primando todavía aquellas de carácter filosófico, que buscaban por diversos senderos las supremas causas y se estancaban en eterna discusión sobre la naturaleza de las cosas. No fue el hombre contemporáneo el primero en buscar aplicaciones a sus conocimientos experimentales metodizados o no. El egipcio o el caldeo que descubrieron reglas en el movimiento de los astros, supieron aprovecharlas para determinar las épocas apropiadas a sus siembras y recolecciones. Cuando Pasteur y Berthelot, abrieron los ojos a la luz bajo el bello cielo de Francia, ya había alentado allí Ambrosio Paró. Pero la tendencia casi instintiva en un comienzo, más reflexivo después, no tuvo verdadera y completa conciencia de sí misma sino cuando empezaron a desarrollarse con gigantesco impulso los métodos experimentales. No sé si todavía se justifique el cruel pesimismo del doctor Fausto, y según no podamos enseñar a los hombres algo que sea capaz de volverlos mejores. Pero es lo cierto, que se ha podido encontrar remedio a muchos aspectos de su miserable condición, y que apartándose de la especulación sin consecuencias, la ciencia se aplica cada día más a ofrecer a los humanos un poco de felicidad y bienestar, pese a las locuras de una época extraviada por la maldición de los dioses.

Es precisamente en el campo de las ciencias biológicas donde esa tendencia estaba destinada, por la propia naturaleza de las cosas, a tener un más completo desarrollo. Aún se ha ido más lejos, y enfrentándolas a la religión y a las filosofías, se las ofreció como la solución adecuada para poner término a ese malestar indefinible que ha impulsado al hombre desde el principio de los siglos a una lucha sin esperanza contra los eternos enigmas. ¿No fue acaso un bacteriólogo, Elie Metchnikoff, quien encerró en las líneas armoniosas de un sistema esta nueva utopía?

Pero aun prescindiendo de esas generalizaciones a que suele arrastrar fatalmente el genio insatisfecho del hombre, cuánto se ha logrado avanzar en el campo modesto del mejoramiento material. Dolencias que

antes parecieran invencibles se encuentran a punto de extinguirse; para otras que se consideraron incurables se ha hallado remedio o alivio. Para el bien del hombre irradia hoy la materia su energía inagotable, y de la flor roja de los campos su quintaesencia de sopor y de calma.

Y cómo se ha adentrado la ciencia por el dominio de lo que fue siempre misterioso y oscuro en busca de las causas patológicas. Qué prodigiosos aparatos, qué rayos de milagro han roto la opacidad de los cuerpos, qué lentes de mágico aumento sorprendieron al enemigo enantes invisible flotando en el torrente oscuro de la sangre o en la claridad de la linfa. Para combatir a los adversarios se ha empezado por conocerlos, y una vez roto el secreto poco tiempo resisten al empuje continuado de la inteligencia, al análisis sutil, a la experimentación mil veces repetida de una legión de hombres que se turnan sin descanso en una lucha que encierra en el más prodigioso de los símbolos la integridad toda de los destinos humanos.

Así se intenta realizar poco a poco, en los límites de una forzosa relatividad, el ensueño a que con tanta elocuencia aludía Jules Lemaitre en su discurso de homenaje a Marcelin Berthelot. La felicidad humana se forja en las retortas de los laboratorios, sale de las evaporaciones de los tubos de ensayo, traducándose en una realidad más seductora que la quimera de la vieja alquimia.

Este tema ya antiguo ha venido a mi memoria a propósito de las palabras con que tan noblemente alabásteis, señor doctor Castro, los esfuerzos de investigación que tienden a hacer la vida más dulce y amable. Al fin y al cabo, buena parte del problema de la felicidad humana gira alrededor de la lucha contra las enfermedades y la muerte. Sin desconocer los ocultos impulsos del alma, los sentimientos místicos, lo que pudiéramos apellidar las realidades espirituales, es evidente que esa lucha siempre presente al hombre es poderoso factor determinante de su sentir y su pensar. Fue el espectáculo de extrañas dolencias y de muertes inesperadas lo que llevó al príncipe oriental a la práctica de su heroico desprendimiento y de su alta filosofía religiosa. Todos vosotros sabéis las hondas consecuencias que sobre la mentalidad y el carácter tienen los estados patológicos. Sin ir demasiado lejos, exponiéndonos a dar a la impetuosa inspiración de los vates algún nombre enigmático de nuestro misterioso vocabulario, sí es posible afirmar que pocos factores obran sobre el espíritu humano con tanta intensidad y constancia como aquellos a que nos venimos refiriendo.

Trasladándonos ya a un terreno menos propicio a la divagación de los ideólogos, pisando firme sobre la realidad concreta de la economía, no necesito recordaros a vosotros, que lo sabéis muy bien, el precio altísimo de la salud humana en el proceso de la producción. Es un factor que se solía olvidar en el pasado, pero que hoy se mide y se pesa. Y si bien no se ha dado todavía al hombre, y principalmente al trabajador,

todo el cuidado que impone su papel preponderante, una legislación sin cesar renovada sobre sanidad, higiene, asistencia, es muestra muy clara de cómo se ha ido variando la mentalidad con que se aprecia no sólo el problema de la justicia social sino el de la utilidad económica.

Después de estas consideraciones, resulta fácil hacer resaltar la importancia práctica de la investigación científica entre nosotros, tema al cual me proponía llegar abusando de vuestra benevolencia. Nada nuevo podría decirse que no sea de todos sabido sobre la generalidad de este punto de enunciación elemental. Pero quizá no sobre un breve comentario sobre la necesidad de prestar en la práctica un apoyo más vigoroso a la investigación, como base primera de toda acción armónica de sanidad y de higiene en el país.

Durante lustros nos ha faltado la necesaria conexión entre la investigación y el estudio cuidadoso de nuestros grandes problemas sanitarios y la acción práctica, preventiva o terapéutica. La investigación, si bien escasa, ha tenido exponentes destacados; y quizá no hay ramo alguno de las ciencias médicas en el que nuestros profesionales no hayan puesto empeño para mantenerse al orden del día en materia de conocimientos teóricos y prácticos. Pero las grandes campañas sanitarias que requieren la acción colectiva no han estado acompañadas en la mayor parte de los casos de la investigación que vuelva fructuosos y eficaces los esfuerzos realizados. Las condiciones peculiares de nuestro medio, las mismas características de nuestra patología, la necesidad de obrar dentro de recursos muy limitados, imponen un cuidado en el estudio científico de las campañas que se emprendan, más grande aún que el que precisa dedicar a su organización práctica. Tampoco podríamos limitarnos a aplicar entre nosotros los conocimientos de la ciencia extranjera. Actuando sobre un enorme volumen de material humano, en un medio especial, es justa y necesaria ambición la de ir buscando por nosotros mismos o las prácticas más adecuadas a nuestras condiciones, o nuevos medios de diagnóstico y análisis, o nuevos procedimientos de prevención o terapéutica. Si al lado de la organización ejecutiva de las campañas funcionan organizaciones de investigación, destinadas a orientar a las primeras, a indagar nuevas rutas, a aprovechar o interpretar los resultados mismos de la labor práctica, se obtiene una doble consecuencia. De una parte, la investigación se siente estimulada, urgida por la diaria necesidad de buscar soluciones que le demandan los órganos de la acción sanitaria. De otra, esta última acción se ejerce con mejor orientación y armonía.

Mucho se está haciendo hoy por dar expresión real a esa conexión indispensable. Por mi parte, he querido seguir tal camino al frente del laboratorio de investigación de la lepra. No es una vana especulación lo que allí nos ocupa, sino la búsqueda afanosa de solución para los grandes problemas que la terrible enfermedad plantea en el país. Problemas individuales, tragedias dolorosas, las más dolorosas de todas. Problemas

colectivos, problemas fiscales que no puedan ser mirados con indiferencia. La defensa eficaz contra la lepra envuelve su diagnóstico precoz, el tratamiento de resultados positivos, la determinación de sus formas peculiares de desarrollo y posible transmisión. Son todas cuestiones de interés inmediato y alrededor de las cuales, mejor que en cualquiera otro campo, se hace visible la posibilidad de dar desarrollo y aplicación a las soluciones que la larga experimentación nos vaya permitiendo revestir de un carácter rigurosamente científico.

Tengo que agradecerlos de nuevo, señor doctor Castro, el que con tan nobles palabras os hayáis referido a esa posición mía que no es sino la simple interpretación de los deberes que tenemos como profesionales y como ciudadanos. Matriculados de soldados de la ciencia en una época que señala la más ruda lucha entre ella y las dolencias humanas, y habitando en un país donde la lepra constituye la más terrible, si bien no la más extendida de esas dolencias, es apenas natural que ocupemos el lugar más apropiado para la lucha y escojamos un camino que abre por lo menos esperanzas que nunca pudieron ofrecer la rutina y el empirismo.

El otorgamiento del título que ahora me entregáis es una muestra de que las instituciones científicas del país comparten las ideas que acabo de enunciar no sólo sobre la necesidad de la investigación sino sobre el deber y la conveniencia de ponerla al servicio de la acción práctica para orientarla y ser a su vez estimulada por ésta. Al aplaudir el esfuerzo realizado por mí, la Universidad de Antioquia hace a la vez un gesto de orientación, dotado de todo el valor que le comunican su prestigio como institución, y la alta categoría científica de quienes rigen sus destinos.

